# SERBIA, BULGARIA Y GRECIA A LA LUZ DE VARIOS OBSERVADORES ESPAÑOLES (1876-1897)*

RESUMEN: 1878 trae consigo la independencia de la mayoría de los Balcanes del Imperio Otomano, los nuevos países serán el objeto de estudio de intelectuales, periodistas españoles. El presente artículo recoge dichos textos, sus autores y la forma en que llegaban a los lectores del mundo en español.

PALABRAS CLAVE: Imperio Otomano, Serbia, Bulgaria, Grecia, Cuestión de Oriente, Guerra Ruso-Turca de 1877-78, diplomáticos, periodistas, politólogos españoles.

ABSTRACT: In 1878 most of the ottoman lands in the Balkans became independent, Spanish intellectuals, journalists and diplomats will write about them. This article is a study about the texts they produced, the authors and the way this information arrived to the Spanish readers.

KEY WORDS: Ottoman Empire, Serbia, Bulgaria, Greece, Eastern Question, 1877-78 Russo-Turkish war, diplomats, journalists, politicians.

En 1782-83 Carlos III y el sultán Abdül-Hamid I realizan un histórico tratado de paz que marca el fin de una larga hostilidad. La perspectiva ilustrada de Carlos III y su ministro Floridablanca producirá un acercamiento en ambos imperios que, si bien no tuvo demasiada importancia desde el

* El presente artículo reproduce la conferencia impartida en el Instituto Cervantes de Belgrado en junio de 2004 con el título "Serbia y Bulgaria en textos en español (1876-1887)". Quiero aprovechar la ocasión para agradecer al entonces director Javier Hergueta todas las atenciones que tuvo conmigo.

punto de vista político, económico o social, merece la pena tenerse en cuenta, ya que de todas las potencias europeas España es una de las pocas que no se expande a cuenta de los territorios del Imperio Otomano. Ambas naciones firman en 1827 un segundo tratado según el cual se permite el paso y comercio del Mar Negro a los buques mercantes españoles[1]. Fernando VII muere en septiembre de 1833 e Isabel II es proclamada reina. Un mes más tarde, Francia e Inglaterra la reconocen en el Manifiesto de Octubre y poco después se adhieren Dinamarca, Suecia, los Estados Unidos y Turquía[2]. En este contexto surge el "Tratado de comercio y navegación concluido entre España y la Sublime Puerta otomana; firmado en Constantinopla el 2 de marzo de 1840", en el que figuramos como nación privilegiada[3]. No ocurre lo mismo con las potencias conservadoras como Prusia y Austria, con las que se restablecen relaciones en 1848, Roma, con el Concordato de 1851, o Rusia, defensora de la causa carlista, que hasta la subida al trono de Alejandro II en 1857 ignoraba a la reina.

Durante buena parte del siglo XIX las relaciones internacionales españolas están mediatizadas por Inglaterra y Francia, países con los que participa como observadora en la Guerra de Crimea enviando varios buques y al general Prim como observador al bando pro-otomano[4]. Las memorias de los militares y la prensa de la época crearon una nueva imagen de los turcos y sus ejércitos en los lectores hispánicos[5]. Sin embargo, la buena prensa de los turcos se acaba en 1860 en que las masacres de cristianos en el Líbano por parte de drusos, con la pasividad de las tropas otomanas, hacen que Francia y Austria envíen una expedición de castigo. Dichos sucesos se extendieron a Damasco, siendo el convento-escuela español saqueado y los franciscanos asesinados, un hecho que tuvo mucha relevancia en España[6].

Se puede afirmar que a partir de 1860 se produce un cambio sustancial en las relaciones de las potencias europeas con el Imperio Otomano, afectando también a España, donde la tradicional imagen negativa de los tur-

---

1 Cantillo (1843): 842-843.

2 Becker (1924): 617.

3 Cantillo (1843): 887-890.

4 Juan Prim Prats, *El Viaje Militar a Oriente*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1995, con una introducción de Manuel Espadas Burgos.

5 Este tema lo he tratado en «La Imagen Española de los Ejércitos Otomanos 1784-1907», *Espacio, Tiempo y Forma*, Madrid, U.N.E.D., 1997, pp. 11-32, reimpreso en P. Martin Asuero (2003a).

6 Véase P. Martín Asuero (2004a), y el capítulo III.1 de P. Martín Asuero (2003b).

cos imperaba. Napoleón III logra que el Líbano se convierta en *mutasarrifiya* o provincia autónoma gobernada por un *mustasarraf* cristiano nombrado por la Sublime Puerta, pero con el beneplácito de las potencias. La penetración política es ya un hecho, especialmente en las presiones para que se agilicen los cambios del periodo de reformas conocido como *Tanzimat*. A pesar de todo, se trata de un momento de estabilidad política que impulsa las inversiones en el Imperio Otomano, surgiendo en este momento los primeros bancos, como la Banca Imperial Otomana, nacida en 1863 con capital franco-británico. Otro hecho que hay que tener en cuenta en este cambio de percepción fue la revuelta en Creta de 1866, apoyada por Grecia, que se saldó con una brutal represión por parte de las tropas otomanas. España, que había tenido una agencia consular en la isla entre 1842-1852, tuvo noticias de la insurrección a través de un informe firmado por Cólogan y Cólogan, encargado del Consulado General en Atenas, y del hecho de que los insurrectos no contaban con el beneplácito de Francia y Gran Bretaña[7].

Las masacres de griegos impresionaron a la opinión pública, como es el caso de Castelar, que les dedica un capítulo en sus *Cartas sobre política europea*, en el que simpatiza con la causa helénica: «No hay que dudarlo ya. Los fuertes candiotas han sido ya entregados al turco cual se entregan los mansos ganados al carnicero. Ya no tienen más remedio en el mundo que ceder a sus opresores, a los cuales esta vieja diplomacia sin corazón y sin conciencia les entrega como un rebaño de hombres más que degollar en aras del equilibrio europeo»[8].

A la mala prensa de los otomanos hay que añadir la nefasta gestión del sultán Abdül-Aziz, que conducirá las finanzas imperiales a la bancarrota, siendo derrocado en 1876. Los reformistas lograron que el nuevo sultán, Abdül-Hamid II, reconociera la Constitución. El Imperio Otomano se convertía en una monarquía parlamentaria. Los nacionalistas de los Balcanes aprovecharon la confusión creada tras la instauración de este nuevo régimen de gobierno para sublevarse con la ayuda de Rusia. Esta vez la Europa liberal no participó y dejó que los rusos ayudaran a sus hermanos eslavos a conseguir la independencia. Desde España, uno de los intelectuales que analiza la situación en los Balcanes fue Emilio Castelar en *La Cuestión de Oriente*. Se trata de un interesante testimonio de la manera en que nues-

7 Ochoa Brun (2001): 170-173.

8 E. Castelar, *Cartas sobre política europea*, Madrid, Librería de A. de San Martín, 1876, vol I, p. 19.

tros intelectuales estaban al tanto de la situación política internacional. De hecho, Castelar estaba bastante bien informado de la crisis que se cernía sobre los Balcanes y del acuerdo del zar Alejandro II y el emperador de Austria-Hungría. Estos dos monarcas habían dividido el mapa en dos zonas de influencia: Austria se reservaba la tutela de Serbia y su interés por la Bosnia-Herzegovina; Rusia, por su parte, se nombraba protectora de los búlgaros y mostraba su interés en Besarabia y Anatolia oriental. El futuro principado de Bulgaria, Albania y Rumelia serían autónomos; permitiendo a los griegos anexionarse Tesalia y el Epiro. Estambul quedaba en este acuerdo como ciudad libre, paso previo a la conquista rusa[9]. Ésta es la opinión de Castelar sobre la Cuestión de Oriente en este momento:

> «Una religión que se muere, una raza que se consume, un Imperio que se extingue en prematura vejez; gran porción de pueblos jóvenes, pero inhábiles para gobernarse a sí mismos, que pugnan por la libertad; razas diversas que se creen con derecho a formar el núcleo de venideras confederaciones; emperadores fortísimos que se adelantan a reclamar con el filo de la espada la parte del primogénito feudal en pingüe herencia y la parte del león en cuantosísimo despojo; naciones de Occidente que tiemblan al ver la extensión alcanzada por sus enemigos históricos; tribus ayer opresas que hoy oprimen, después de emancipadas, a tribus no menos indóciles [...], todo eso late en los problemas orientales y surge así que el Sultán mueve su agonía sobre las orillas del Bósforo y desde las regiones al Sultán sometidas suenan sus cadenas abrumadoras en los oídos de la atribulada Europa»[10].

Enrique Dupuy de Lôme[11] publicaba *Los Eslavos y Turquía* en 1877. Este diplomático muestra algunos puntos en común y ciertas divergencias con Castelar. Los dos estaban de acuerdo en que el Imperio Otomano tenía que desaparecer de los Balcanes. Dupuy legitima las pretensiones rusas, considerando que esta nación tenía como cometido liberar a los eslavos del fanatismo musulmán. El futuro presidente de la I República opinaba lo

---

9 P. Dumont, «La crise balcanique», en: R. Mantran (dir.) (1989): 515-522.

10 Castelar (1876): 7-8.

11 Nacido en Valencia en 1851, entró en la carrera diplomática y fue destinado a Japón en 1873. De ahí pasó a Bruselas dos años más tarde, hasta 1877. Desde la capital de Bélgica colaboró con la prensa española, y en sus trabajos se puede apreciar un profundo conocimiento de la situación internacional. A su regreso a España en 1880 ocupó el cargo de secretario del Ministerio de Estado. Entre 1892 y 1898 fue el representante español en Washington, hasta que Silvela le trasladó a Italia. Su último destino fue París, donde murió en 1903. Al margen de la carrera diplomática también colaboró con *La Epoca* (1874-76) y publicaciones geográficas especializadas. Cf. García Romeral-Pérez (1995): 97.

siguiente: «Pero si los pueblos eslavos tienden sus manos a sus hermanos de infortunio, a los griegos, a los ilirios, a los rumanos, y se reconcilian con los húngaros, disolverán a un tiempo dos imperios que han sido igualmente opresores, el Imperio Austriaco y el Imperio Turco, inaugurando una época de paz y libertad en toda Europa»[12].

Otro aspecto importante es el religioso, el cual permite sacar toda una serie de conclusiones. Dupuy compara el papel de los serbios con el de los reinos cristianos peninsulares medievales, desempolvando los ideales de la Reconquista: «Su raza [la eslava] debe llenar en el mundo una misión grande y sublime, que consiste en volver a convertir en Europa, en unión con los griegos, lo que hoy en día es Asia, a pesar de estar en nuestro continente»[13]. Castelar, por el contrario, mantiene una postura un tanto ambigua afirmando, en más de una ocasión, que no se trata de una guerra de religiones: «El problema es puramente político, nacional de raza; y tendría inmediata solución en el nacimiento de un nuevo Estado»[14]. Más adelante titula uno de sus capítulos "Una Religión Decadente" y deslegitima las reformas del *Tanzimat*: «Así es Turquía con su Koran revelado por toda ley, con su Califa-Sultán por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez moral por toda vida, inmodificada completamente a los humanos progresos»[15].

Sobre la situación de los musulmanes de los Balcanes, Enrique Dupuy de Lôme es tajante: «No hago mención de los eslavos que siguen la religión mahometana; porque creo que eso es un mero accidente que desaparecerá en cuanto termine la dominación turca»[16]. Las ideas progresistas de Castelar suavizan este aspecto, dando prioridad al derecho internacional y a los derechos humanos: «El Estado turco debe desaparecer de Europa, mas debe quedar el pueblo turco. Estas proscripciones de razas enteras pudieron imaginarse en la antigüedad, cuando no vivía la idea del derecho; pero no en nuestro tiempo, cuando la idea del derecho se aviva cada vez más en la conciencia. Nuestra tolerancia religiosa puede resolver este problema como no hubiera podido resolverlo ningún otro siglo»[17].

Tanto la postura de Dupuy como la de Castelar pueden ser consideradas como representativas de la Restauración española, un momento en el

12 García Romeral-Pérez (1995): 326.
13 Dupuy de Lôme (1877): 75.
14 Castelar (1876): 44.
15 Castelar (1876): 227.
16 Dupuy de Lôme (1877): 81.
17 Castelar (1876): 324.

que se hace hincapié en los valores religiosos. Ambas reflejan el cambio producido en la opinión pública española sobre el Imperio Otomano desde la Guerra de Crimea. Lo cierto es que a partir de este momento se niega a sus antiguos aliados el derecho a acceder a la Modernidad, convirtiendo sus territorios en una inmensa herencia sobre la cual no se sabía claramente quiénes iban a ser los herederos y quiénes los desheredados. Rusia, aprovechando esta situación a favor de la causa eslava, declaró la guerra a Turquía en 1877. Esta vez los observadores tomaron posición al lado de las tropas del zar, como Saturnino Jiménez en *La Academia,* con sus "Impresiones de un testigo de la guerra de Oriente", o *La Ilustración Española y Americana*, que mandó a José Luis Pellicer como corresponsal, cuyas "Cartas sobre la Guerra" con ilustraciones de este autor se publicaron a la par que la "Crónica de la Guerra de Oriente" de Dupuy de Lôme y las "Complicaciones en Oriente" de Manuel Becerra[18].

Los tratados de San Estéfano y Berlín de 1878 pusieron fin al conflicto. Montenegro, Serbia y Rumania se declararon independientes, Bulgaria, autónoma, Austria recibió la administración de Bosnia-Hercegovina, Rusia, territorios en el este de Anatolia, y Gran Bretaña, neutral en la guerra, la administración de Chipre. Los lectores hispánicos tuvieron bastante información tanto en la prensa diaria como en la especializada, como es el caso del artículo de Martín Ferreiro "Turquía y el tratado de Berlín" del *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid* en 1879, institución que publicó también las "Noticias de Bulgaria y otras regiones de Oriente" (octubre 1878) o "Mis viajes en la península de los Balcanes y en Asia Menor: conferencia pronunciada el día 6 de marzo de 1883" por parte de Saturnino Jiménez. En este momento aparecen varios libros sobre el Imperio Otomano, como el de Troyano y Riscos, *La Turquía, su pasado y su presente*, o el de Leopoldo Barrios Carrión, *Una ojeada geográfico-militar sobre las naciones balcánicas*, en 1889.

Diego Coello de Quesada es una figura clave para entender las opiniones que se tenían en España de la Cuestión de Oriente al ser nombrado embajador en la Sublime Puerta en 1884, cargo que ocupó durante poco más de dos años. Desde Estambul estuvo al tanto de la situación en los Balcanes, tal y como se demuestra en los artículos enviados a *La Epoca* y *La Ilustración Española y Americana.* Es un ejemplo de cómo en el siglo

[18] Véase mi artículo «España y la Cuestión de Oriente, la Guerra Ruso-Turca de 1877-78», *Revista de Historia Militar* 85 (Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar, 1998) 137-162, reimpreso P. MARTÍN ASUERO (2003a).

XIX había toda una serie de diplomáticos de carácter liberal que compaginaron el servicio exterior a la patria con la política y el periodismo. Se trata de un testigo excepcional de los cambios de la segunda mitad del siglo XIX, como se puede apreciar en esta descripción de Belgrado en 1888 con ocasión de la apertura de la línea férrea entre Viena y Estambul:

> «Cuando hace algunos años visitaba yo aquella ciudad [Belgrado], era realmente una población enteramente turca y que acababa de salir, por decirlo así, de la dominación musulmana. Su catedral de hoy era la mezquita árabe, sus mujeres llevaban todavía el velo y lo que podríamos llamar el albornoz de las circasianas de Constantinopla; todas sus casas parecían divididas entre la parte destinada al harén, y la otra consagrada a la morada del señor. En dos lustros el principado, sujeto a la alta soberanía del Sultán, se ha convertido en reino independiente; y los vapores del Danubio, que a todas horas ponen a Belgrado en contacto con Galatz en Rusia, con Orsowa en Rumania y con Budapest en Hungría o Viena, al propio tiempo que la locomotora, enlazándolo a Salónica y Constantinopla, la han convertido, como a Bucarest, en ciudad europea y de indudable porvenir comercial»[19].

El fin de la guerra turco-rusa de 1877-78 había creado una gran polémica, empezando desde el momento de las paces. El Tratado de San Estéfano de marzo de 1878 había permitido el nacimiento de una gran Bulgaria, cuyas fronteras iban del Danubio al Mediterráneo, incluyendo las provincias de Monastir y Tesalónica. Bulgaria era autónoma, pero bajo soberanía otomana, con su propio príncipe, ejército y administración. Rusia había jugado la carta búlgara desestimando las pretensiones serbias sobre Kosovo, el *sandjak* de Novi-Pazar, una parte de Macedonia y el puerto de Vidin en el Danubio; las de Grecia sobre Creta, Tesalia y el Epiro tampoco fueron escuchadas. El temor a una gran Bulgaria y el descontento de Serbia y Grecia fueron aprovechados por Bismarck, que logró modificar las paces en el Tratado de Berlín de julio de ese mismo año. Bulgaria quedó reducida del Danubio a los Balcanes, perdiendo parte de la autonomía. El resto, donde la población era mayoritariamente musulmana, volvió al control directo de los turcos con el nombre de Rumelia oriental. Los Balcanes se separaron del Imperio Otomano bajo la forma de monarquías parlamentarias y la atenta mirada de tres imperios europeos: el ruso, el austro-húngaro y el alemán. En este momento, el Imperio Otomano se reducía en Euro-

[19] P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 230. *La Ilustración Española y Americana,* nº XXIX (1888).

pa a Rumelia oriental, Albania, Macedonia y Tracia; algunos de estos territorios eran reclamados por los diferentes países balcánicos y los conflictos armados no tardarían en estallar.

Coello fue testigo de cómo en 1884 las heridas de la guerra no estaban cicatrizadas. Serbia se acercaba más al Imperio Austro-Húngaro, que inició en 1880 la construcción de una línea de ferrocarril que uniría Viena con Estambul en 1888. Austria apoyaba de manera secreta a Serbia en sus pretensiones de anexionarse Macedonia. Las presiones de Viena ayudaron en gran medida a que en 1882 las potencias reconocieran a Milan Obrenovich rey, pasando de principado a reino de Serbia. Hay que tener en cuenta que la expansión austriaca se dirigía hacia el sur. Ya tenían el control administrativo de Bosnia y Herzegovina desde 1878 y su siguiente objetivo era Serbia. Hasta 1893 el acuerdo serbo-austriaco no fue hecho público, de ahí que Coello se hiciera eco de la opinión internacional que afirmaba: «Notas recibidas de la Puerta desmienten de una manera categórica los proyectos de alianza entre la Serbia y Austria, permitiendo al ejército austriaco atravesar el territorio serbio»[20].

Serbia, Bulgaria y Grecia ponen sus miras en los restos del Imperio Otomano en Europa argumentando derechos históricos basados en momentos de esplendor en la Edad Media o la Antigüedad. La influencia de las potencias en la defensa de sus protegidos y la coexistencia de diferentes confesiones y etnias complican la situación. Dentro de Rumelia oriental existía un movimiento unionista y daba la impresión de que iba a pasar a Bulgaria, causando la indignación de Serbia, que le declara la guerra en noviembre de 1885. Diego de Coello les dedica tres de sus "Cartas de Constantinopla" en *La Epoca*. La primera, fechada el 17 de noviembre, se publica el 25 de ese mismo mes. Coello analiza el conflicto a partir del frágil equilibrio de una Bulgaria que no era del todo independiente del Imperio Otomano:

> «Para mí es incuestionable que la Serbia ha querido el rompimiento de las hostilidades, por más que en una frontera dilatada, y excitados búlgaros y serbios, no niegue que en algún punto un grupo de búlgaros, pero no tropas de su ejército, hayan podido salvar los confines serbios. La Bulgaria, ya amenazada de una invasión turca, de la hostilidad de la Rusia y de un fallo desfavorable por parte de la conferencia europea, no podía apurar esa situación, concitándose la animadversión de las demás potencias. Es lo cierto que las verdaderas operaciones belicosas fueron emprendidas el 15 por el

[20] P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 137. *La Epoca,* 27.05.1885.

> ejército serbio con el rey Milano a su cabeza, marchando en grandes masas desde Nisch sobre Sofía, a cuatro jornadas de la frontera serbia. Pero como este acto, además de ser contrario a los consejos del Austria, a las promesas que Serbia había hecho a las potencias, al respeto debido a los acuerdos recientes de la conferencia europea y a las relaciones de la Bulgaria, cuyo Príncipe, por toda clase de mensajes, había intentado ponerse bien con el rey Milano, era una agresión contra el Imperio Otomano, que ejerce la alta soberanía sobre el territorio búlgaro y la Rumelia, el Gobierno de Belgrado se apresuró a enviar telegráficamente a su activo representante, cerca del sultán, una nota insistiendo en que sólo había obrado en legítima defensa y provocado por las repetidas hostilidades de Bulgaria»[21].

Dos días más tarde los búlgaros contraatacaron y los serbios se retiraron. Austria tomó cartas en el asunto, haciendo saber que un avance más allá de Pirot sería contestado por el ejército austro-húngaro. Coello desde Estambul estaba al corriente de la situación, tanto por su condición de diplomático como por la de periodista. En este contexto, fue testigo de las conflictivas relaciones de las naciones balcánicas: «El armisticio impuesto a la Serbia y a la Bulgaria, lejos de calmar los odios creados en la última lucha, ha exasperado los ánimos en Belgrado y Sofía. Entre los serbios, porque no se conforman con su derrota, y de parte de los búlgaros, porque temen que la magnanimidad que han demostrado no exigiendo indemnizaciones de guerra y abandonando, si bien cohibidos por el Austria, las posiciones que conquistaron con su valor, no les sirvan para que el rey Milano ponga su veto a la unión de la Bulgaria y de la Rumelia Oriental»[22]. La situación no pasó de ahí y en febrero de 1886 se firmaron las paces en Bucarest. Coello informó de todo ello a los lectores de *La Epoca*:

> «La paz es un hecho entre la Serbia y la Bulgaria, habiendo declarado el representante del Rey Milano, Miyatwich, que su patria cedía a la presión europea, aceptando como solución de las negociaciones pendientes en la capital de la Rumania, un artículo único que consigna el restablecimiento del estado de paz entre los dos Estados, a partir de la firma del tratado. Todas las otras cuestiones sobre indemnización de guerra, de limitación de fronteras y demás, quedan aplazadas para un porvenir indefinido. Aun cuando este acontecimiento evita la continuación de las hostilidades, que podían renovarse diez días después de terminar el armisticio, que cumple el 1 de marzo, no parece que las grandes potencias signatarias del Tratado de

21 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 145. *La Epoca,* 25.11.1885.
22 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 148-149. *La Epoca,* 12.01.1886.

> Berlín, a quienes se debe que la Serbia no haya renovado la guerra, se muestren satisfechas de una solución que deja en pie todos los problemas y que amenaza con la guerra en la península de los Balcanes a la primera eventualidad favorable para la Serbia»[23].

Las monarquías balcánicas tenían una complicada política internacional y numerosos conflictos internos. Así, en Serbia estaban enfrentados los liberales, apoyados por Austria y cercanos al rey, con los radicales, prorusos que no estaban de acuerdo con las Paces de Bucarest: «Es preciso, sin embargo, que la Europa tome en cuenta la situación dificilísima del rey Milano, contra cuyo gabinete Garatchine se coligan todos los elementos radicales, que en un gran *meeting* celebrado en Nitch han declarado ignominiosa la paz para la Serbia sin una rectificación de fronteras que la compense del engrandecimiento de la Bulgaria. La oposición va más lejos que el Ministerio, amenazando la dinastía que hoy reina en Serbia»[24].

El papel del rey Milan y su vida privada fueron muy criticados, especialmente por un defensor de la monarquía parlamentaria como el conde de Coello. La derrota frente a los búlgaros y sus constantes infidelidades le había quitado gran parte de su popularidad. La reina Natalia, de origen ruso, aparece como la víctima de la novela romántica que protagonizaron y que llegó a la *Ilustración Española y Americana* a través de la pluma de Coello en: "Otra víctima del amor, la Reina Natalia de Serbia, era objeto hace pocos meses de las simpatías de todas las almas generosas"[25]. Según este autor, el matrimonio entre Milan y Natalia, hija de un militar ruso, había sido por amor y la compara a nuestra compatriota Eugenia de Montijo, en su abnegación y entrega:

> «Pero también para la Reina Natalia hubo un día de desengaño triste, no ciertamente por culpa de la Soberana, que después de las catástrofes que los serbios sufrieron ante los búlgaros mandados por Alejandro de Battenberg se mostró heroica con los heridos de las batallas y animosa cuando el ejército búlgaro se aproximó a Belgrado, sino por la flaqueza de Milano, que contando un ejército doble del de Bulgaria, y siendo él quien declaró la guerra para ceñir un nuevo florón a su corona con la Macedonia y parte de la Bulgaria, ni corrió a las batallas, ni supo al menos compartir la triste suerte de sus serbios como Napoleón III en Sedán.Tal vez en este contraste

---

23 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 151. *La Epoca,* 27.02.1886.

24 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 151-152. *La Época*, 27.02.1886.

25 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 233. *La Ilustración Española y Americana,* nº X (1889).

> entre la popularidad de la Reina y el desprestigio del rey, más que en las escapadas de Milano a visitar juntamente con los banqueros las actrices de Viena, o en los desaires públicos de Natalia a alguna embajadora favorita, se encontraría la causa del divorcio iniciado y del verdadero rato, pues no merece otro nombre el acto de Wiesbaden, de un hijo tierno niño a una madre amorosa; por más que este vástago único de unión tan feliz ayer y tan desventurada hoy sea el heredero del trono serbio. Es verdad que los políticos encuentran el motivo fundamental del drama escandaloso del Konak (palacio de Belgrado), que todavía impresiona vivamente a Europa, en que Natalia, fiel a su origen, es partidaria de la influencia rusa en Serbia, mientras Milano tiene compromisos bancarios y políticos que lo enlazan a Viena. Si es así, los sucesos que se preparan en Bulgaria tendrán su eco en Serbia; y no nos sorprenderá, aun después de las tristes escenas de Belgrado y de Wiesbaden, que no prestándose el patriarca serbio Teodosio ni el sínodo de la Iglesia griega a confirmar el divorcio entre los Reyes, para el cual no ha dado la esposa ni sombra de pretexto, Milano, que empieza a sentir se bambolea su trono ante la impopularidad creciente, y que la entrevista de Peterhov no le permitirá seguir contando con el apoyo decidido de los imperios germánicos, brinde con una reconciliación a la Princesa, cuyas desgracias de madre, como su admirable belleza, tantas simpatías le han conquistado en La Haya, en Florencia, en Viena y en París»[26].

Tal y como dejaba entrever Coello, los reyes se divorciaron en medio de una gran polémica, de la que el rey salió muy mal parado. Los partidos políticos liberales, aprovechando la poca popularidad que le quedaba, le presionaron para que aceptara la Constitución de 1888, la cual instauraba un verdadero sistema parlamentario. Milan se vio forzado a dejar el trono. En febrero de 1889 abdicó en su hijo Alejandro y, como sólo contaba con trece años de edad, fue necesario buscar un regente. La elección recayó en Ristich, partidario de la influencia moscovita en los Balcanes. Natalia, separada de su hijo, fue expulsada de Serbia y, desde un palacete en Crimea, atendía a la prensa. A partir de este momento no es sólo la esposa ultrajada, sino la madre que sufre por no poder estar cerca de su hijo e implora a su ex-marido que le deje verlo.

Las vicisitudes de la familia real serbia siguieron publicándose periódicamente. Milan I, a cambio de abdicar, recibió una suculenta pensión. Coello se hace eco de la vida rocambolesca del rey en el exilio: «Un día de la última Semana Santa, el telégrafo de Jerusalén, adonde el Rey Milano de

---

26 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 231. *La Ilustración Española y Americana,* nº XXIX (1888).

Serbia había ido a visitar el sepulcro del Salvador, trajo a Europa la noticia de que iba a profesar en un monasterio griego; resolución que mal se avenía con la linda compañera de viaje que lo había seguido a Palestina»[27]. En vista de la situación, Ristich decidió adelantar la coronación de Alejandro III en mayo de 1889. Coello no estuvo presente en el evento, pero lo describe de manera magistral. El siguiente fragmento puede parecer procedente de una revista del corazón actual, al describir la ceremonia religiosa y los invitados; sin embargo, se puede hacer una lectura política y ver hasta qué punto se iban estrechando los lazos con una Rusia defensora del pueblo eslavo y de los cristianos ortodoxos:

> «La ceremonia de la coronación, que no creo haya descrito extensamente la prensa diaria española, fue conmovedora, y realmente nos transporta a aquellas otras consagraciones de las catedrales de Reims o de Aquisgram, en que eran ungidos los carlovingios. Anunciada por el cañón de Kralievo y por las aclamaciones de un concurso inmenso, empieza también como las de los siglos medios en el templo, con una plática en la cual el Arzobispo de Belgrado, que muy pronto será elevado a Patriarca de Serbia, dice al joven Alejandro I: *Soberano amadísimo, Rey de Serbia: el pueblo serbio te conduce para consagrarte en estos santos lugares, donde hace seis siglos San Abas ungió a su hermano el rey Esteban, para que tú puedas reinar con gloria de la santa Iglesia ortodoxa, cuyos fieles servidores te reciben con augurios en favor de tu prosperidad y gloria de tu persona y de tu dinastía; pero antes de consagrarte te pido declares si eres fiel a nuestra Iglesia y cuáles son tus creencias.* El Rey infante, teniendo en sus manos el libro de oraciones que en ellas ha puesto el Metropolitano, recita el Credo, y después de besar la cruz de Constantino, es ungido por el Prelado en la frente, en las mejillas y en sus manos, mientras a las oraciones griegas siguen los himnos nacionales. La emoción es inmensa, acrecida por el pensamiento de que la fatal política y la triste lucha entre sus padres ha impedido que el Rey Milano pueda estar al lado del Príncipe, privando al tierno Rey de las caricias y abrazos de su madre. Pero en cambio tiene un protector bastante más poderoso, y que se revela por modo elocuentísimo con la misión extraordinaria que el Zar confiere a Persiani, el único embajador extranjero que asiste a la consagración de Zitcha, alegándose ser el solo representante en Belgrado de monarcas pertenecientes a la religión griega. El enviado de Alejandro III recibe una ovación a su paso por Serbia, y oye de labios del joven Monarca, en el banquete de la coronación, el brindis entusiasta que éste dirige a su protector el Zar»[28].

---

[27] P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 240. *La Ilustración Española y Americana,* nº XIX (1889).

[28] P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 245. *La Ilustración Española y Americana,* nº XXVI (1889).

La orientación de Serbia cambió de Austria a Rusia, como quedó demostrado en las siguientes elecciones: «¿Cómo se inicia el otoño? El drama de Belgrado con motivo de la eterna lucha entre el Rey Milano y la bella Natalia se enlaza con la contienda electoral que da en Serbia una asamblea favorabilísima al partido radical, aliado de Rusia [...]»[29]. Las presiones de las potencias y las pretensiones históricas sobre determinados territorios hicieron que se enfrentaran en dos guerras balcánicas, 1912 y 1913. De todos es sabido que el detonante de la Primera Guerra Mundial fue el asesinato del heredero al trono austro-húngaro en Sarajevo y la declaración de guerra de Austria a Serbia pocos días más tarde.

Las crónicas de Coello se centran también en la situación de Bulgaria, cuya trayectoria es la contraria a la de Serbia, pasando de la alianza con Rusia a la de Austria y su posterior participación en la Gran Guerra en el bando de las Potencias Centrales. Uno de los logros de Bismarck en el Tratado de Berlín de 1878 fue introducir como condición que los tronos de los nuevos Estados balcánicos no podían ser ocupados por miembros de familias reinantes. Así eliminaba de la esfera a la mayoría de las monarquías europeas y lograba ubicar a los vástagos de familias alemanas como los Hohenzollern, los Battemberg o los Sajonia-Coburgo, ya presentes en muchas cortes europeas. La política matrimonial del canciller de hierro fue uno de sus mayores éxitos. No hay que olvidar que la Guerra Franco-Prusiana de 1870 se había originado por la sucesión del trono de España, vacante por el exilio de Isabel II.

Como antes expuse, Bulgaria, a diferencia de Serbia, no alcanzó la independencia en 1878, sino el estatus de provincia autónoma gobernada por un príncipe nombrado desde Estambul, pero con el beneplácito de las potencias. Alejandro de Battemberg, sobrino de la zarina pero protegido de Bismarck, entró solemnemente en Sofía en julio de 1879. Este joven príncipe de veintiún años de edad se encontró con dos impedimentos para gobernar. El primero fue la Constitución llamada de Tarnovo, demasiado liberal para la época, ya que introducía el sufragio universal, y la omnipresencia del zar a través del ejército, los ministros rusos o la policía. Alejandro consideraba poco menos que una afrenta ser un súbdito de un sultán otomano y empezó a buscar apoyos en la Europa liberal. Alfonso XII le concedió una medalla en 1883 sin consultarlo a la Sublime Puerta, desencadenando una pequeña crisis entre Turquía y España, que le retiró la con-

[29] P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 250. *La Ilustración Española y Americana,* nº XXXIX (1889).

decoración. Coello desde Estambul informaba a los lectores de *La Epoca*: «Ahora un príncipe soberano ha ido a Inglaterra para asistir al casamiento de su hermano con la princesa Beatriz e interesar el apoyo de la reina Victoria en favor de las aspiraciones de su pueblo para alcanzar una independencia igual a la de Rumania y de Serbia»[30].

El pueblo búlgaro de Rumelia oriental organizó un movimiento unionista que originó la guerra con Serbia en 1885. Un año más tarde, la Sublime Puerta declaró gobernador general de Rumelia oriental al príncipe Alejandro. Coello incluye el texto del firmán imperial de la convención de Tophane del 5 de abril de 1886[31]. Bulgaria establecía así unos límites que se mantuvieron hasta 1912, era el país más grande de los Balcanes, con 96.000 km$^2$, y el más poblado, al contar con tres millones de habitantes. Coello declaraba que la cuestión búlgara quedaba zanjada mientras no hubiera desavenencias entre el zar y el príncipe.

Sin embargo, Alejandro se iba alejando paulatinamente del control de Moscú. Un complot militar, promovido por Rusia, hizo que el príncipe abandonara el trono cansado de las presiones rusas. Coello ya no estaba en Estambul, pero seguía los acontecimientos desde Roma informando a sus lectores de *La Ilustración Española y Americana*: «El príncipe Alejandro, faltando en cierto modo a la gratitud que debía a los que lo colocaron en el trono de la Bulgaria, ha preferido la independencia de su trono y de su pueblo a convertirse en el brazo derecho y en vanguardia de la futura marcha de los ejércitos rusos [...]»[32]. Castelar desde España y en la misma publicación le dedicó dos capítulos en otoño de 1886. El trono quedó vacante y en 1887 lo ocupó Fernando de Sajonia-Coburgo, apoyado por el regente Stambolov.

---

30 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 140. *La Epoca,* 8.08.1885.

31 «Conforme a las estipulaciones del tratado de Berlín y al arreglo relativo a la Rumelia Oriental confirmado por los representantes de las potencias signatarias de aquel tratado reunidas en nuestra capital y comunicado a V. A. por el Gran Visir, se ha resuelto confiar a vuestra inteligencia y lealtad el Gobierno general de la citada provincia. Sometida a nuestra sazón imperial esta decisión, hemos tenido a bien, partiendo de nuestra confianza cada vez más grande, expedir el sexto día del Reghel del año 1303 un decreto confiando a vuestro mérito y capacidad la administración de la Rumelia Oriental, expidiéndose el presente firmán por nuestro Diván Imperial. Por lo tanto, V. A., con la inteligencia y adhesión dicha provincia, respondiendo a nuestros magnánimos deseos, empleando todos sus esfuerzos para asegurar el orden y la tranquilidad en la Rumelia Oriental, el bienestar y felicidad de sus pueblos sin distinción de razas, atrayéndose de esta manera más y más nuestra benevolencia imperial»; cf. P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 163. *La Época,* 21.04.1886.

32 P. Martín Asuero (ed.) (2003b): 216. *La Ilustración Española y Americana,* nº XXXIV (1886).

Los dos lograron salir del control ruso, acabando con el partido pro-ruso y orientando a Bulgaria hacia Austria-Hungría y Alemania. El primer problema de este soberano fue la oposición del clero ortodoxo, como afirmaba Coello: «Pero no puede ocultarse que el joven príncipe se ha creado grandes dificultades por su lucha reciente con el sacerdocio griego, que acusa a Fernando de Coburgo, como a la princesa Clementina, no sólo de proteger el catolicismo en la Bulgaria, sino de preferir a los griegos, los gregorianos, y aun a los musulmanes, en daño de la Iglesia búlgara. Aunque esta acusación nos parece exageradísima, es indudable que en ella se ve la antigua guerra hecha por el arzobispo Clemente, metropolitano de Sofía, ayudado hoy del sínodo búlgaro, y secundando los planes del elemento eslavo-moscovita en Bulgaria»[33]. Las relaciones mejoraron con el advenimiento de Nicolás II. Fernando aceptó bautizar a su hijo Boris en la fe ortodoxa, haciendo padrino al nuevo zar. En junio de 1908, poco después de la revolución de los Jóvenes Turcos en Estambul, y con el apoyo de San Petersburgo y Viena, declaró la independencia de Bulgaria nombrándose zar.

El acercamiento hispano-otomano y la política absolutista de Fernando VII son dos factores que pueden explicar el hecho de que España se mantuviera al margen de la Guerra de Liberación Griega y de la escasa influencia del filohelenismo, del cual apenas se tiene constancia de la presencia de José García de Villata y, de ser cierto lo que nos cuenta Pío Baroja, de su antepasado Eugenio de Aviraneta[34]. No es fácil encontrar textos dedicados a la Grecia moderna y, de los pocos que existen, muchos son compilaciones o traducciones, como el caso de B. C. Colás, *Insurrección y regeneración de la*

---

33 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 239. *La Ilustración Española y Americana*, nº X (1889).

34 «—Veo, por lo que me ha contado –dijo Lord Byron–, lo que ha sufrido usted por la libertad. Usted ha andado por países civilizados, por países como España, donde queda una gran cultura de sentimientos; aquí no queda nada de la Grecia antigua. Soy de la opinión de San Pablo, que decía que no hay diferencia entre judíos y griegos. El carácter de los dos es igualmente vil. El griego actual no sólo es envidioso, malo y vengativo, sino que es abandonado y sucio. Es un degenerado. No tiene fe en nada. Allá en España confiaban ustedes en el compañero; aquí no se puede confiar en nadie. Además de esto, los patriotas griegos sienten una gran hostilidad contra el extranjero, y hasta a nosotros mismos, que hemos venido a luchar por su libertad, nos odian.

—No me diga más su excelencia –contestó Aviraneta–, si esto es así, me voy inmediatamente.

—No –le contestó Byron–. Espere. Es usted el único español que ha acudido a secundar mi empresa y no quiero que pueda decir que no he hecho por él todo lo que está en mi mano. Quédese usted aquí algunos días en mi barco. Supongo que le convendrá descansar» (Pío Baroja, *Aviraneta o la vida de un conspirador*, Madrid, Espasa, 1931, p. 133).

*Grecia* (Madrid 1867). Los lectores españoles tuvieron que esperar hasta la década de 1870 para encontrar textos de viajeros por Grecia. Uno de los más importantes es la memoria de la fragata de guerra *Arapiles*, de la cual existe la versión oficial de Juan de Dios de la Rada y la personal de Vicente Moreno de la Tejera. Otro viajero que estuvo en Grecia fue Melchor Ordóñez Ortega, enviado en visita oficial a Indochina en 1879, el cual se detuvo en Atenas antes de llegar a Turquía. La situación política de Grecia no pasa desapercibida en los artículos de Coello. Desde principios de los años '60 reinaba Jorge I, segundo hijo del rey de Dinamarca, el cual promulgó la Constitución de 1864, en la que el soberano ya no figuraba "por la gracia de Dios" sino "por la voluntad de la nación" representada en la Asamblea[35]. Grecia, al igual que muchas otras monarquías parlamentarias, se caracterizaba por una gran inestabilidad política, sucediéndose entre 1864 y 1910 cincuenta y ocho gobiernos, es decir, casi uno al año. Tras los acuerdos de 1878 no fueron reconocidas las reivindicaciones de este reino sobre Tesalia, Creta, las islas del Egeo, Estambul o parte de Anatolia. Sin embargo, tres años más tarde las potencias lograron presionar a Turquía para que cediera Tesalia y una parte del Epiro. Grecia, como el resto de los países de los Balcanes, no quedó satisfecha de este reparto y pretendió recuperar el resto de los territorios que estaban poblados por griegos. El nacionalismo helénico tenía como uno de sus principales postulados la "Megali Idea".

Como era de esperar, los distintos Estados no tardaron en enfrentarse en toda una serie de pequeñas guerras que terminaron en las "Balcánicas" (1912-13). La cesión otomana de la Rumelia oriental a Bulgaria en 1886 dio pie a los griegos para intentar hacerse con Macedonia, concentrando tropas en la frontera. Esta vez las potencias europeas apoyaron a los otomanos, tal y como informaba Coello a sus lectores:

> «Europa, cualesquiera que sean las simpatías por la Grecia, no juzga tampoco la ocasión justificada para una nueva lucha en Oriente, fundada en que los búlgaros han conseguido el triunfo de aspiraciones que debieran ser simpáticas a los que enaltecen el principio de nacionalidad. Dícese ahora que el rey Jorge, para calmar la excitación helénica, se contentaría con que la Turquía cediese únicamente a la Grecia ese Monte Olimpo en que la mitología colocó las divinidades griegas. Pero aun cuando poco importante la concesión, la Sublime Puerta no puede hacerla hoy enfrente de amenazas de guerra, como no le es dado aumentar la autonomía en la isla de Creta.

35 Castellan (1991): 332.

De París, Londres y Roma llegan siempre a Atenas consejos de calma y prudencia»[36].

Grecia siguió su campaña militar de anexión de territorios otomanos y, en mayo de ese mismo año, Austria, Alemania, Rusia, Italia y Gran Bretaña exigieron que, si no acababa con las provocaciones y dispersaba las tropas acantonadas al norte de Tesalia en un plazo de ocho días, retirarían a sus representantes diplomáticos de Atenas y bloquearían los puertos del Peloponeso y del Pireo. Coello aporta abundante información del ultimátum y del papel del duque de Edimburgo, el cual había hecho acto de presencia con diez buques acorazados en un puerto cercano a Atenas[37]. En ese momento se produjo un cambio de gobierno, pasando Tricoupis y su candidato Stefanópoulos a ocupar la presidencia de la Cámara. De esta manera, los diputados que cinco meses antes se habían mostrado partidarios de la belicosa actitud del gabinete Deliyanis, cedían a las presiones de las potencias y a la prudencia del Rey[38]. Dos semanas más tarde Coello anunciaba el fin de las hostilidades:

"Terminación del conflicto greco-turco"

«Al fin puede darse ya por oficialmente terminado el conflicto entre la Grecia y la Turquía, la cual ha demostrado tanta nobleza en su solución como tacto y prudencia en las diversas fases por las cuales ha pasado un asunto que más de una vez ha puesto en serio peligro la paz de Oriente. En Consejo celebrado ayer en la Sublime Puerta y en virtud de las leales disposiciones manifestadas por el Gabinete Tricoupis, los ministros del sultán, a propuesta del gran visir, resolvieron dirigir a las grandes potencias una nota circular declarando que la Turquía se considera plenamente satisfecha con las medidas de desarme puestas en ejecución por la Grecia, y que el Gobierno Imperial, deseando dar una prueba del aprecio en que tiene sus buenas relaciones con la nación helénica, pide respetuosamente a las potencias que alcen el bloqueo, tan dañoso hoy para el comercio de Grecia. Este acto de la Sublime Puerta será debidamente apreciado en Atenas y facilitará una medida que estaba ya en el deseo de las principales potencias y por la cual trabajaba eficazmente el ministro de Rusia en Atenas y el Gabinete moscovita cerca de Inglaterra y de Alemania, las más difíciles y exigentes en esta cuestión de Grecia. Antes de adoptar estas resoluciones por la Sublime Puerta se tuvo la noticia aquí de que las tropas griegas habían eva-

36 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 160. *La Epoca,* 17 de abril de 1886.
37 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 167-169. *La Época*, 9.05.1886.
38 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 171. *La Época*, 7.05.1886.

> cuado la posición de Thigos, y de que tal como se retiraban de la frontera los batallones helénicos y volvían las reservas y milicias a sus hogares, otro decreto del rey Jorge ordenaba la dispersión de la escuadra, cuyos buques se han repartido en los diferentes puertos de Grecia. Por su parte, el Gobierno turco ha devuelto los prisioneros hechos a las avanzadas griegas, dado orden a Eyüb Bajá para que retire las tropas de la Tesalia y comenzado el desarme en Macedonia por los contingentes asiáticos, que vuelven a los distritos del Asia Menor, con gran ventaja de la postrada agricultura y del exhausto Tesoro del Imperio. El comercio griego, tan postrado igualmente con el bloqueo, que ha detenido nada menos que 22 buques helénicos en el puerto de Patras y 17 en la isla de Fen, va a reponerse de tan graves quebrantos, que dejarán huella en los anales de una nación tan simpática a la Europa»[39].

Como se puede apreciar, la postura de Europa frente a las pretensiones griegas en los territorios otomanos es bastante ambigua: las simpatías por los helenos se mezclan con el respeto a los derechos de los turcos de permanecer en Creta y Macedonia. La boda del hijo de Jorge I, Constantino, con la hermana del kaiser Guillermo II en 1889 es otro ejemplo de la complejidad de la situación. El duque de Esparta se había educado en la Universidad de Heidelberg, donde entabló amistad con Guillermo II y conoció a su hermana, de la cual se enamoró perdidamente o, al menos, eso es lo que nos cuenta Coello en *La Ilustración Española y Americana*. Esta decisión encontró la oposición de la reina Olga, que prefería para su hijo una princesa moscovita como ella. De hecho, Rusia se estaba acercando a Prusia y el zarevich tenía la intención de casarse con otra hija del káiser, lo cual fortalecería los lazos de Grecia con estas dos potencias. Según Coello, estas dos bodas alimentaban las esperanzas de cretenses y macedonios de unirse al reino de Grecia. El conde de Coello no asistió al enlace, pero lo describe con gran lujo de detalles. Lo que hoy en día podría parecer una crónica rosa de finales del siglo XIX es, en realidad, un retrato del papel de las monarquías en ese momento, especialmente en el juego a múltiples bandas que tenían con las naciones balcánicas y los otomanos, ya que tras los esponsales los emperadores de Alemania se desplazaron a Estambul en visita oficial a Abdül Hamid II, estrechando los vínculos con el que sería su aliado en la Primera Guerra Mundial. Merece la pena rescatar del olvido una parte de esta descripción del evento por parte de este partidario de la monarquía parlamentaria para demostrar que

39 P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 175-177. *La Época*, 11.06.1886.

algunos lectores hispánicos sí tenían interés e información sobre lo que pasaba en el Mediterráneo oriental:

> «El regreso del cortejo nupcial, que toma la avenida Hermes, la principal arteria de Atenas, da lugar a una ovación entusiasta por parte de los helenos y de miles de alemanes, ingleses y rusos que han acudido a la capital de Grecia. Aquella noche hay banquete de trescientos cubiertos en el Palacio Real, al cual asisten, con los augustos huéspedes, casi toda la Cámara de Diputados y representación numerosa de las municipalidades del reino. Hacen los honores en estas nuevas bodas, que serán más felices que las de Helena, el príncipe Constantino, que tiene a su derecha a la princesa Sofía, al rey de Dinamarca y a la emperatriz Federica, y a su izquierda, a la reina Olga, al emperador Guillermo y a la princesa de Gales; mientras su padre, el rey Jorge, que le da el frente, ve a sus lados a la emperatriz Victoria Augusta, al príncipe de Gales, a la reina de Dinamarca y al zarevich. Cuando el rey de Grecia ha dirigido su caluroso brindis a los novios y a los excelsos huéspedes, Guillermo II, que ya comunicó al príncipe de Bismarck por telégrafo la inmensa sensación que en su alma produjo la primera vista del Partenón, y la gratitud por la ovación de la ciudad de Pericles, alza su cáliz, y después de asociarse a los augurios de felicidad hechos por Jorge I, dice sentirse feliz de que la princesa Sofía, su amadísima hermana, esposa del joven Constantino, su compañero de estudios en las Academias y Universidades germánicas, haya sido llamada a morar en la histórica Grecia. Está seguro de que encontrará en los augustos Soberanos helénicos segundos padres, y será adoptada con amor por el pueblo griego […] Pero no es posible prescindir de la emoción producida en los doscientos mil moradores de Atenas, y en el número aún superior de forasteros que la han invadido en estos días, por la iluminación de su Acrópolis, que hacía resaltar las grandiosas ruinas del Partenón, las del templo donde Fidias colocó su minerva colosal, del de Roma y de Augusto, muy posterior, la Pinacoteca y los Propíleos, la primera de las escalas y pórticos en mármol pentélico del mundo. Para aumentar el efecto de un espectáculo que sólo puede tener rival en el Foro y Coliseo de Roma, las flotas ancladas en el inmediato Pireo habían hecho proyectar sus potentes corrientes eléctricas sobre la ciudad de Pericles, sobre el monte Hymette, el Pentélico y la roca Nycabette»[40].

El equilibrio greco-turco volvió a alterarse en 1897 a causa de Creta, donde se habían producido insurrecciones en 1841, 1858 y 1867-68. Un grupo de rebeldes apoyados por griegos del continente declararon la

[40] P. MARTÍN ASUERO (ED.) (2003b): 257. *La Ilustración Española y Americana*, noviembre de 1889.

unión con Grecia en enero de 1897, siendo apoyados por un cuerpo de 10.000 soldados de Grecia bajo el mando del príncipe Jorge. El 3 de febrero ocuparon la isla. En vista de la inestabilidad de la situación, las potencias propusieron la autonomía de la isla y la retirada de las tropas otomanas, condiciones que no fueron aceptadas por el sultán. Se produjo la declaración de guerra, abriéndose un segundo frente en Tesalia, liderado por el príncipe Constantino. Una flota formada por navíos procedentes de Rusia, Gran Bretaña, Francia, Austria-Hungría e Italia bloqueó la isla, acabando con el conflicto en marzo. Estas circunstancias forzaron el armisticio, por el que los turcos se retiraron de Tesalia. Grecia indemnizó a Turquía y permitió la salida de musulmanes, produciéndose un nuevo flujo de emigrantes hacia el Imperio Otomano. En diciembre Abdül Hamit decretó la autonomía de la isla bajo soberanía otomana, pero gobernada por un cristiano designado por Estambul y aprobado por Atenas[41]. Si bien España se mantuvo neutral en el conflicto, el gobierno estaba a favor de Turquía, de hecho en 1892 habían trasladado la legación en Atenas a Estambul, dejando allí tan sólo un encargado de negocios. Fue desde la capital otomana desde donde se enviaron informes a Madrid sobre la situación de Creta, destacando uno fechado el 3 de junio de 1896 en el que se analiza la población de la isla –300.000 habitantes, de los que 204.000 eran griegos ortodoxos y 88.000 musulmanes–, el fanatismo musulmán, el despotismo de los turcos y, en definitiva, el antagonismo de las dos razas. Si bien España se declaró neutral en el conflicto, las simpatías del pueblo estaban, lógicamente, del lado de los griegos, especialmente las de los catalanes, que en 1897 llegaron a formular una proclama a favor de la incorporación de Creta a Grecia[42].

Los lectores de *La Ilustración Artística* de Barcelona y *La Ilustración Española y Americana* de Madrid tuvieron varios artículos de este conflicto con retratos de los militares y príncipes, fotografías del conflicto o mapas de la isla y de Tesalia. G. Repáraz publicó el 30 de abril un artículo, titulado "Campaña greco-turca. El teatro de la guerra", en el que dudaba del buen fin de la rebelión si no encontraba el apoyo de las potencias. Emilio Castelar analizó el fin del conflicto en esta misma revista, haciendo hincapié en la diplomacia alemana en su acercamiento a Turquía y su deseo de que saliera de la esfera de estos dos imperios: «por esta y otras causas proclamo, no obstante, la tristeza de nuestros tiempos, que marchan Grecia y

41 Shaw-Shaw (1977): 207. Véase también Kodaman (1993).
42 Ochoa Brun (2001): 177-183.

Creta hoy mismo al triunfo de su reconstitución indispensable por la democracia y por la libertad»[43].

Otro autor que trató sobre la cuestión de Creta fue el literato y diplomático Antonio de Zayas, destinado en la legación española de Estambul en 1897. Zayas dedicó dos capítulos de su libro *A orillas del Bósforo* a este tema. Hay que tener en cuenta que en este momento se habían producido las primeras masacres armenias en Anatolia, las cuales habían conmocionado a la opinión pública internacional. Zayas analiza en el capítulo XXI la situación de la isla desde el punto de vista geográfico, histórico y social, sin demostrar demasiada simpatía por los isleños: «El cretense es por temperamento y costumbre pirata e indócil al yugo de la autoridad»[44]. El capítulo XXII se centra en la guerra turco-griega y las consecuencias del conflicto:

> «Las extemporáneas arrogancias de los griegos no han conseguido otra cosa que evidenciar su carencia de previsión política y su completa falta de organización militar; poner en último extremo a su ya desmedrada y comprometida hacienda; perder parte de su independencia con la inspección europea de sus asuntos económicos y parte de su territorio con la rectificación de la frontera de Tesalia; provocar el desprecio o la lástima de los demás pueblos cristianos de la Península Ilírica; y empeorar la situación de su tráfico mercantil con Turquía y la condición privilegiada que disfrutaban sus súbditos en el Imperio Otomano, merced al régimen de las capitulaciones, hoy modificado en provecho del vencedor»[45].

Pablo MARTÍN ASUERO

*Instituto Cervantes de Estambul*
*Tarlabaşi Bulvari, Zambak Sk 33*
*80080 ESTAMBUL (Turquía)*
*direst@cervantes.es*

---

43 E. CASTELAR, «La paz entre Turquía y Grecia», *La Ilustración Española y Americana,* Madrid, 8 de agosto de 1897, p. 74.

44 Antonio DE ZAYAS, *A orillas del Bósforo*, Madrid, Juan Pueyo, 1912, p. 354.

45 *Ibid*. pp. 405-406.

## BIBLIOGRAFÍA

Andrés, Armando Philip de (2004), *Los Balcanes. El purgatorio de Europa,* Belgrado, Embajada de España.

Artola, Miguel (1990), *Historia de España,* vol. 5: La burguesía revolucionaria (1808-1874), Madrid, Alianza.

Bacque-Grammont, J.-L.–Dumont, P. (1983), *Economies et societés dans l'Empire Ottoman (fin du XVIIIe-début du XXe siècle)*, París.

Barrios y Carrión, Leopoldo (1889), *Una ojeada geográfico-militar sobre las naciones balcánicas*, Toledo, Juan Peláez.

Becerra, Manuel (1878), «Complicaciones de Oriente», *La Ilustración Española y Americana*, 1er semestre, pp. 127-30, 146, 158, 172, 243-246, 319-322.

Becker, Jerónimo (1924), *Historia de las relaciones de España durante el siglo XIX (Apuntes para una historia diplomática),* Madrid, Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés.

Bonamusa, Francesc (1998), *Pueblos y naciones en los Balcanes (siglos XIX y XX)*, Madrid, Síntesis.

Cantillo, Alejandro (1843), *Tratados, convenios y declaraciones de paz y comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón desde el año 1700 hasta el día*, Madrid, Alegría y Charlain.

Castelar, Emilio (1876), *La Cuestión de Oriente*, Madrid, Oficinas de la Ilustración española y Americana.

— «La cuestión de Oriente», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid 1885, pp. 235-238, 255.

— «Búlgaros y Serbios», *Ibid.* (1886) nº II.

— «Paces y armisticios en Oriente», *Ibid.* 30-I-1886.

— «Alejandro de Battemberg», *Ibid.*, 15-X-1886.

— «Alejandro de Battemberg», *Ibid.*, 22-X-1886.

— «La cuestión oriental», *Ibid.* (1887), t. II, pp 39-42.

Castellan, Georges (1991), *Historie des Balkans (XIVe-XX siècles)*, Poitiers, Fayard.

Colas, B. C. (1867), *Insurrección y regeneración de la Grecia*, Madrid, Rubio, Grillo y Vitturri (en el vol. II de la *Colección de historias y memorias contemporáneas dirigida y adicionada por César Cantú*).

Dupuy de Lome, Enrique (1877), *Los Eslavos y Turquía*, Madrid, Imprenta Nacional.

— «Crónica de la Guerra de Oriente», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid 1877, 1er semestre, pp. 331-335, 350-351, 366-367, 390-391, 406-407, 422-426; 2º semestre, pp. 6-10, 22-23, 46-50, 75-79, 94-95, 119-122, 150-151, 178-180, 210-214, 271-274, 319-323; 1878, 1er semestre, pp. 7-10, 34-35.

Espadas Burgos, Manuel-Urquijo Gotilla, José Ramón (1990), *Historia de España*, vol. 11: Guerra de la Independencia y Epoca Constitucional (1808-1898), Madrid, Gredos.

Ferrerio, Martín (1876), «Turquía y el tratado de Berlín», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid* VI, pp. 7-21.

Fusi, Juan Pablo-Palafox, Jordi (1998), *España: 1808-1996, el desafío de la Modernidad*, Madrid, Espasa.

García-Romeral Pérez, Carlos (1995), *Bio-Bibliografía de Viajeros Españoles (siglo XIX)*, Madrid, Ollero & Ramos.

Garrigues, Emilio (1962), *Un desliz diplomático. La paz hispano-turca*, Madrid, Revista de Occidente.

Girón, José (2003), «Serbia y Yugoslavia: historia y geopolítica», *Balkania* 1, Belgrado, Embajada de España.

Jiménez y Enrich, Saturnino (1879), «La población Romana en Oriente», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid* VII.

— «Noticias de Bulgaria y de otras regiones de Oriente», *ibid*., octubre 1878.

— «Mis viajes en la Península de los Balkanes y en el Asia Menor: conferencia pronunciada el día 6 de marzo de 1883», *ibid.,* abril 1883.

— «Impresiones de un testigo de la guerra de Oriente», *La Academia: Semanario ilustrado Universal* II, Madrid 1877, pp. 26-30, 37-39, 58-59, 71-74, 90-93, 102-106, 124-126, 138-139.

Kodaman, Bayram (1993), *1897 Türk-Yunan savasi* [La guerra turco-griega de 1897], Ankara, Türk Tarih Kurumu.

Kurat, Y. T. (1962), «1877-78 Osmanlï-Rus harbinin sebepleri [Causas de la guerra otomano-rusa de 1877-78]», *Belleten* 26, pp. 567-592.

Labra, Rafael Mª de (1901a), *La crisis colonial de España, 1868-1898. Estudios de política palpitante y discursos parlamentarios*, Madrid, Alfredo Alonso.

— (1901b), *La orientación internacional de España (Europa y América)*, Madrid.

Mantran, R. (dir.) (1989), *Historie de l'Empire Ottoman*, Poitiers, Fayard.

*Mapa de la Turquía Asiática* (escala 1/2.850.000) y *Mapa de la Turquía Europea* (escala 1/1.000.000). Publicados por el Depósito de la Guerra con arreglo al formado por el E.M. austriaco, 1877.

MARTÍN ASUERO, Pablo (1998), «España y la Cuestión de Oriente, la guerra ruso-turca de 1877-78», *Revista de Historia Militar*, año XLII, nº 85, Madrid, Instituto de Historia y cultura militar.

— (1999), «La comunidad griega de Estambul en textos en español», *Erytheia* 20, pp. 248-261.

— (2003a), *Estambul, el ejército otomano y los sefardíes en textos en español,* Estambul, Isis.

— (2003b), *España y el Líbano, 1788-1910: viajeros, diplomáticos, peregrinos e intelectuales,* Madrid, Miraguano.

— (2004a), *Descripción del Damasco otomano, 1808-1920,* Madrid, Miraguano.

— (2004b), «Blasco Ibáñez camino de Oriente», *Balkania* 2, Belgrado, Embajada de España.

— (2005), *Viajeros hispánicos en Estambul. De la Cuestión de Oriente al reencuentro con los sefardíes (1784-1918)* , Estambul, Isis [en prensa].

MARTÍN ASUERO, P. (ED.) (2003a), *España y Turquía, del enfrentamiento al análisis mutuo,* Estambul, Isis.

— (2003b), *Diego de Coello y Quesada y la Cuestión de Oriente (1882-1897)*, Artículos sobre Turquía, Egipto, Sudán, Rumanía, Serbia, Bulgaria, Grecia y los patriarcas orientales, Estambul, Isis.

MILOSEVICH, Mira (2004), «La primera rebelión campesina –el comienzo de la construcción de la conciencia nacional serbia», *Balkania* 2, Belgrado, Embajada de España.

MORALES LEZCANO, Víctor (1992), *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.

OCHOA BRUN, Miguel Angel (2001), *España y las islas griegas, una visión histórica*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.

OPISSO, Alfredo (1896), *Turquía y los estados danubianos*, Barcelona, Antonio J. Bastino.

PELLICER, José Luis, «Cartas del teatro de la Guerra», *La Ilustración Española y Americana*, Madrid 1877, 2º semestre, pp. 118-119, 175-178, 190, 206-207, 222 y 227.

— «El Cosaco», *ibid*., 1877, 2º semestre, pp. 323-326.

— «Los Horrores de la Guerra», *ibid*., 1877, 2º semestre, pp. 390-391.

Shaw, Standford-Shaw, Ezel Kural (1977), *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. II: Reform, Revolution and Republic. The Rise of the Modern Turkey, 1808-1975, Cambridge University Press.

Sonyen, Salahi R. (1993), *Minorities and the Destruction of the Ottoman Empire,* Ankara, Turkish Historical Society Printing House.

Troyano Riscos, Manuel (1878), *La Turquía, su pasado y su presente. Compendio de la Historia del Imperio Otomano y reseña de su estado político y social*, Madrid, Nueva Prensa.

Weibel, Ernest (2002), *Histoire et géopolitique des Balkans de 1800 à nos jours,* París, Ellipses.